

EL VELO DE ISIS
LAS MIL Y UNA NOCHE OCULTISTA
Ser consciente es no estar dormido

Continuando la historia de los dos hermanos, nos ofrece cantidad de vicisitudes, tal como ocurre en la vida de cualquier ser, según con el karma que viene al Mundo.

Nos habla de dos hermanos, el primero de ellos es Assad, que entra en una Ciudad en la que se adora al dios del fuego y al verlo como extranjero infiel, lo encarcelan y piensan inmolarlo como ofrenda.

El hermano de Assad, viendo que no regresa, va a buscarlo y a pesar de la advertencia de un sastre con quien se encuentra, el va un momento al baño y se le aparece una mujer, que conecta con el y ambos buscan un lugar para vivir su fascinación. Forzando la puerta entran en la casa que resulta ser la del Escudero del rey, que los encuentra y pareciéndole divertida la situación, se ofrece al hermano de Assad pasar por su criado. Hace tan bien su papel que la mujer incita a su pareja a liberarse de él matándolo, e impresionado éste, lo que hace es matarla ella.

Cuando el hipotético criado saca el cadáver lo encuentra el Rey y manda encerrarlo para matarlo después. El joven sale de inmediato y cuenta la verdad explicándole al Rey además la razón por la que está en esa ciudad buscando a su hermano, el Rey le perdona y le nombre Visir por ser noble y auténtico. La enseñanza hasta aquí es evidente:

1.- No conoces a una persona hasta que la has tratado y se manifiestan sus valores, que es lo que le ocurre a él con la mujer y el matar es hipotético seguramente, porque no podemos matar porque nada muere sino que se transforma.

2.- Entrar en el lugar que no te pertenece, puede causarte problemas, pero si eres sincero, actúas con nobleza y eres auténtico, recibes siempre en la vida la recompensa a tus acciones.

La historia continua, ya que el actualmente Visir, utiliza su poder para buscar a su hermano, y no lo logra porque lo han escondido en un barco, que se dirige hacia la montaña de fuego donde será inmolado.

A causa de una tempestad, el barco pierde el rumbo y va a parar a otra ciudad, cuya reina es enemiga de los adoradores del fuego y había prohibido que un barco extraño recalara en su puerto.

El capitán para evitar problemas, dice a la reina que el muchacho es un esclavo que no está de acuerdo con los adoradores del fuego, y la reina le propone comprarlo, pero lógicamente se niegan a venderlo y con ello consiguen que la reina confisque el barco y se lleve a Assad con ella, le cuida, lo alimenta y él se queda felizmente dormido en el jardín, donde es encontrado por el capitán y sus secuaces que lo cogen de nuevo y se lo llevan.

Mensaje para todos, no te puedes dormir en la vida, has de ser prudente, estar despierto y cuidar cual es tu sitio para reposar si has encontrado felicidad y seguridad con esta Reina, que representa tu parte femenina.

Como ella no quiere perderlo, sale persiguiendo al Barco y al ver que se acerca, tiran al agua a Assad, que sin saber que la reina está cerca nada hacia la orilla, resultando

ser la primera ciudad de los adoradores del fuego y para evitar que lo cojan, se esconde en el cementerio y vuelve a dormirse, donde también llega el capitán con su tripulación y lo vuelve a encontrar y se lo llevan preso y le castigan torturándole.

Una de sus dos torturadoras, se compadece de él e informa al Visir, su hermano, de donde ésta y es liberado, celebrándolo con una gran fiesta.

Aparece en el cuento cuatro ejércitos, símbolo de los cuatro puntos cardinales que nos conforman: tierra, agua, aire y fuego interno. Tras sus encuentros, y después de celebrarse bodas y recuperar los hijos perdidos, se llega a la claridad de una verdadera luz interior, aboliendo el culto del fuego material, para comprender que hay una unión de nuestros cuatro elementos, con el quinto la luz del amor.

C. E.A.

EL VELO DE ISIS

Capítulo XXI

Más versiones del primitivo mito caballeresco de Camaralzamán y Badura

Termina el mito de Camaralzamán.–La pérfida ciudad del Fuego.–Bostana, Cavama y Oazbán.–En la casa del escudero Bahader.–Salvación milagrosa.–Behram y la fiesta de los parsis.–Camino de la Montaña del Sacrificio.–La corte de Margiana.–Las astucias criminales de Behram y la Fatalidad.–La salvación de Assad.– Las cuatro milicias libertadoras.–Comentario sobre el simbolismo de Camaralzamán y Badura.–Siempre la falsa doctrina de las almas gemelas.–Otro recuerdo del mito de Psiquis y los tres motivos básicos del mismo.–Otras variantes de Camaralzamán.–Nureddin y la hermosa persa.–Abul-Hassán-Alí-Ben-Becar y Schem-Sel-Nihar.–La bella Zumurrud y Alischar, el hijo de la Gloria.–El joven amarillo.–Sarta de perlas.–Sett-Donia y el príncipe Diadema.

Prosiguiendo el cuento del capítulo anterior, diremos que Assad, al penetrar por la primera calle de la población tropezó con un viejo, muy viejo, que comenzó a sonreírle de un modo raro, advirtiéndole que era extranjero y que le ofreció hospitalidad, añadiendo con sin igual falsía:

–Bien puedes darte por feliz de haberme encontrado, pues de no ser así lo habrías pasado mal entre estos perversos.

Y en sumaria relación le informó el viejo de que aquella era la ciudad de los adoradores del fuego. En efecto, desde su refugio pudo ver a otros cuarenta viejos que danzaban en torno de una gran hoguera, adorándola. Luego el viejo aquel dió un gran grito llamando a Gazbán, un negrazo terrible, quien empezó derribando al joven Assad de una tremenda bofetada, atándole fuertemente, mientras que el perverso le decía:

–Llévate a este buen mozo abajo y que mis hijas Bostana y Cavama le den una buena paliza a diario, con pan y agua por todo sustento, hasta que llegue el día de nuestra gran fiesta en la Montaña del Fuego, más allá del mar azul, donde le inmolaremos en honor de nuestra deidad.

Las dos harpías lo hicieron como se les había mandado, y Assad lloró su desamparo, pensando asimismo en el triste destino que temía para su hermano Amgiad, quien, cansado de esperarle en vano, se presentó también en la ciudad, teniendo la suerte de que uno de los escasos fieles de ella le previniese a tiempo. Era un sastre, quien le dió hospitalidad, no dejándole salir sino en su compañía, para que nada malo le acaeciese con aquellos magos perversos. Pero un día que se aventuró a ir solo hasta el baño tropezó con una hermosa dama, quien le cegó en términos que no pudo menos que irse tras de ella cual un manso cordero. Ella parecía mostrársele

placentera, aunque se negaba a llevarle a su casa, y como, por otra parte, él no quería llevarla a ella a la casa del sastre, se detuvieron ante una gran puerta cerrada, diciendo ella que aquella era su casa, pero que le había dejado la llave a su esclavo y había que esperar hasta su vuelta. Cuál no sería su sorpresa cuando la dama, para no esperar, se puso a hacer saltar con piedras la cerradura y se metió como en casa propia patio adelante de aquel palacio, donde toparon con un salón espléndido y en él una mesa admirablemente cubierta por bebidas y manjares exquisitos. Amgiad, al verlo, se dió por perdido, mientras que entusiasmada la dama por aquel recibimiento, se ponía a comer y a beber con el mayor apetito.

En esto, como era de temer, llegó disfrazado el verdadero amo de la casa, el gran escudero del rey de los Magos, llamado Bahader, quien, asombrado de la frescura de aquella pareja, lo tomó por el lado jocosos y no pensó sino divertirse. Amgiad, entre tanto, al verse sorprendido, se deshizo en gentiles excusas, rogándole suspendiese todo disgusto hasta que le oyese luego la verdadera causa de su insolente inoportunidad. Su apariencia gentil y distinguidos modales hicieron mella en Bahader, quien, con la mayor finura, les notició que era el escudero del rey y les rogó que no se marchasen sino que antes bien siguieran sin preocuparse lo más mínimo.

–Sólo le pido –dijo Bahader a Amgiad– que pues habéis dicho a la dama que tenéis un esclavo, sin tenerle, me dejéis hacer el papel de ese esclavo. Ya sabréis a su tiempo la razón.

Os serviré hasta la noche y vos me trataréis como a tal esclavo, riñéndome y aun maltratándome.

Después de esto, Bahader despidió con cualquier pretexto a sus convidados, que iban llegando; se disfrazó de esclavo, y la dama, creyéndole tal, le reprendió agriamente por sus tardanzas y hasta le apaleó cruel. Luego, no contenta con esto, le dió el sable a Amgiad para que le cortase la cabeza, y como éste se resistiese, salió ella misma a cortársela; pero entonces Amgiad, horrorizado, le cercenó a ella la suya para que el mundo no siguiese alimentando más a semejante monstruo de maldad. Bahader no quiso exponer a su huésped con que sacase fuera sigilosamente el cadáver de la dama, sino que lo hizo él por sí; mas el rey le sorprendió en la faena y le mandó ahorcar. Amgiad, noticioso de todo ello, voló ante los jueces, confesándose único autor de la muerte de la perversa. Además, aprovechó la ocasión al contar su historia de la triste pérdida de su hermano Assad en la ciudad, con lo que el rey no sólo le perdonó la vida, sino que le dió orden y medios para que le buscase, nombrándole gran visir. Nadie, sin embargo, daba la menor noticia de aquél.

Mientras tanto, este desdichadísimo príncipe gemía día tras día en su mazmorra bajo los malos tratos de Cavama y de Bostana, hasta que llegó el momento de la fiesta solemne de los magos y fue metido en un navío cargado de géneros, comandado por Behram, fanático cumplidor de la religión de éstos, y camino de la Montaña del Fuego, donde se le había de inmolar. Sospechando el visir Amgiad que tal vez su hermano habría caído en poder de los perversos magos, se presentó de improviso a visitar el navío antes de que zarpase; pero Behram le había escondido en uno de los fardos, dejándole apenas sitio por donde respirar; así que el joven no fué hallado y el navío salió del puerto sin novedad.

Después de algunos días de navegación, el viento se volvió contrario, con una furiosa tempestad, y el barco perdió el rumbo, quedando a merced de las olas y abordando al fin a la capital de la piadosa reina Margiana, enemiga mortal de los adoradores del fuego, a quienes tenía prohibido desembarcar en sus Estados. A Behram no se le ocurrió entonces sino hacer libertar a Assad de sus cadenas, presentarle como esclavo, y como la reina vería en él un creyente fiel de su religión a más de un hombre sabio y gentil, no podría menos de tratarlos bien a todos y dejarles continuar su viaje.

Sucedió como Behram había pensado. La reina se prendó de Assad y quiso comprarle a cualquier precio, al ver cuán maravillosamente escribía, lo mismo en prosa que en verso, y como aquél se resistiese a entregarle, la reina decretó su prisión y la confiscación del navío, hasta que se vió precisado a ceder. La reina se llevó consigo a Assad, le hizo bañar, perfumar y vestir regiamente, e informada luego de su historia le sentó a su mesa y le dió de comer de un modo opíparo, hasta el punto de que, sintiéndose el joven algo indispuerto, salió a tomar un poco de aire al jardín, al lado de una fuente deliciosa, donde se quedó dormido.

La fortuna, sin embargo, seguía siéndole adversa a Assad, porque mientras dormía tranquilamente, hete aquí que Behram y sus gentes, antes de partir, se les ocurrió al pasar por el jardín, camino del puerto, entrar a hacer aguada en aquella fuente. Al ver dormido junto a ella al mancebo se echaron sobre él, le amarraron sin dejarle gritar y se le llevaron, volviéndole inmediatamente a su mazmorra en el navío, que al punto levó anclas y escapó camino de la Montaña del Fuego.

Nunca queda impune el delito, que tarde o temprano se descubre. Así pasó en aquella ocasión, pues la reina, impaciente por la tardanza de Assad, le hizo buscar en vano por todo el palacio; vió entreabierta la puerta del jardín; siguió, y junto a la fuente, topó con una de las babuchas del príncipe. En fin, de deducción en deducción, pronto vino a caer en la cuenta de lo acaecido, y al punto hizo salir diez navíos de guerra en caza de los malvados, conminándoles a sus capitanes que, si no les traían, les quitaría la vida. Al amanecer del tercer día éstos dieron alcance al barco fugitivo, y percatándose de su ruina Behram se quiso deshacer del príncipe, haciéndole arrojar al mar.

Assad era excelente nadador y, tras largas ansias, pudo abordar a la costa, viendo con sorpresa que era otra vez la de la ciudad de los magos, de donde había salido y en la que su hermano seguía de visir; pero, temiendo que los magos le jugasen otra como la pasada, se escondió entre las tumbas del cementerio para allí pasar la noche y resolverlo mejor. En cuanto al navío de Behram, fue apresado; pero como no se le pudo probar el delito, la reina Margiana se contentó con confiscarle, dejando un mal bote a Behram para que se volviese a su ciudad. Quisieron aún los hados crueles que también se refugiase, como Assad, en el mismo cementerio, y sorprendiendo igualmente dormido a Assad, de nuevo le echó mano, llevándosele otra vez a su antiguo encierro en la casa de marras, donde Bostana y Cavana tornaron a apalearle a diario, como antes y aun con mayor crueldad, hasta que un día Bostana, movida a compasión, empezó a admirar la resistencia del príncipe y más a las ideas religiosas que un tal heroísmo le inspiraran.

Días más tarde oyó Bostana pregonar por la ciudad la orden del visir Amgiad acerca de que se buscara y presentara a Assad, cosa que inmediatamente puso por obra, desarrollándose entre los dos hermanos la tierna escena que era de esperar, después

de tantos meses de separación y de dolores. El rey, conmovido, mandó prender y decapitar tanto al viejo torturador del príncipe como al infame Behram; pero el príncipe obtuvo clemencia para ambos, y Behram, agradecido, se ofreció a transportar a Amgiad y a Assad al reino de su padre, Camaralzamán .

Al tiempo que ambos se despedían del rey, se vió venir sobre la ciudad por la parte del Norte un poderosísimo ejército, que no era sino el de la reina Margiana, quien llegaba en persona a reclamar a su esclavo Assad. El rey la acogió con gran júbilo, decretando fiestas en su honor y en el de su ejército; pero en medio de las fiestas se vió venir por el otro lado de Oriente otro ejército mucho más lucido y numeroso que el primero, mandado por el propio Gaiur, el soberano de la China, que, cansado de esperar largos años la vuelta de su hija Badura, casada con Camaralzamán, rey de las islas de Khalendan, había pasado a este reino, donde el rey su yerno le había informado de la desgracia de su nieto Amgiad, y venía a rescatarle por la fuerza, si era preciso. El príncipe Amgiad, así que reconoció a su abuelo, se prosternó a sus pies, presentándose como su nieto que era y llenando de júbilo al buen anciano.

Mientras que dicho segundo ejército del rey de la China acampaba junto al primero de la reina Margiana, hete aquí que del lado del Sur se presentó inopinadamente un tercer ejército, doble que los otros dos juntos y en el que bien pronto hubo de verse al mismísimo rey Camaralzamán en persona, acompañado de su emir Giondar, quien había acabado por confesarle que no había matado a los príncipes, sino que éstos vagaban errantes por reinos desconocidos, y por ellos los buscaba.

Pero no bien había ocurrido esto y acampado el ejército de los de Khalendan, como los dos anteriores, del lado del Poniente se divisó espesa polvareda producida por un cuarto ejército igual al mayor de los anteriores, y que era nada menos que el del viejo rey de Persia Schahzamán, en busca de su hijo Camaralzamán, del que no había vuelto a saber desde el día en que este último partiese para curar a la princesa Badura, de la China, y después casarse con ella.

Ante aquel inaudito suceso de los cuatro ejércitos (1), la ciudad de los malos magos quedó pasmada, y volvió al fin los ojos a la verdadera luz, después de haber celebrado con fiestas excepcionalmente suntuosas la concurrencia de los cuatro ejércitos desde los cuatro puntos cardinales y las dobles bodas del príncipe Assad con la reina Margiana y del príncipe Amgiad con Bostana, en premio a que, con peligro de su vida, había salvado a aquél.

El culto idolátrico del fuego quedó así para siempre abolido, imperando sólo desde entonces la única y primitiva Religión de la Verdad, tanto tiempo hacía destronada de aquellos países...

COMENTARIOS

Lo muchísimo que podría escribirse acerca del simbolismo de la leyenda de Camaralzamán y Badura, como de sus similares que vendrán después, está resumido en estas tres interpretaciones (2):

a) La interpretación vulgar, constante en todas las obras literarias y artísticas, interpretación de las que surge el eterno símbolo del recíproco amor entre el

hombre y la mujer, amor sobre el que la Naturaleza ha cimentado su suprema “Ley de la continuidad de la Especie”.

b) La interpretación necromante de las “almas gemelas”, por la que a cada ser se le asigna una contraparte conjugada del opuesto sexo, en un sentido de “nuestra unión sexual”, que difiere poco de la anterior, pero que es de más peligrosa amplitud, tocando al campo del Ocultismo. En semejante interpretación, a la que hemos consagrado “novelescamente” los últimos capítulos de la parte 3ª y los primeros de la 4ª de El tesoro de los lagos de Somiedo, cada iniciado tiene su “Helena”, Paris, la de Troya (Ilíada); Apolonio de Tiana, la mujer, decían, recogida en cierto sitio de desgracia; Fausto (el héroe del poema de Goethe), la Helena que Mefistófeles le aporta, y hasta la Magdalena o “maga Helena”, que lava y unge los pies de Jesús, después de abandonar su vida licenciosa, con mil correlaciones y prolongaciones míticas, tales como la Kala-yoni de Krishna y la Kundry del Parsifal wagneriano. En la imposibilidad de dar aquí más detalles, remitimos encarecidamente al lector a los pasajes aquellos.

c) La interpretación de Magia Blanca –para nosotros la única verdadera– y por la que no se trata ya de sexo alguno, sino la contraposición sublime, inefable y mística entre el Raciocinio humano y la divina Hada Inspiración que le fecunda y consagra en verdadero Sacramento Eucarístico, tomando esta forma de “el caballero andante y su dama” el mito entre los pueblos de viejo ableno atlante, y la recíproca de Psiquis y Heros, entre los pueblos arios genuinos (3).

Todo lo demás que pudiéramos agregar sería cosa de detalle, y que la necesidad de dar aquellas variantes en el poco espacio de que ya disponemos nos obliga a omitir, dejándolo a la intuición del lector, a quien suponemos ya habituado, por cuantos capítulos anteceden, a esta nuestra manera simbólica de interpretar.

Vayan, pues, sin más comentarios, las lindísimas versiones a que aludimos y que no son las únicas en el gran libro, como llevamos visto con cuantos cuentos interviene el simbólico argumento amoroso de “príncipes y princesas sublimes”.

Historia de Nureddin y de la hermosa persa.

–Zineby, rey de Balsora, tenía dos visires: Khacán y Sauy. Este último sentía gran envidia hacia su compañero por sus brillantes méritos, y pretendía que las esclavas del rey bastaba con que fueran físicamente hermosas, mientras que Khacán pretendía que la mayor hermosura apetecible en toda mujer era no sólo la del cuerpo, sino la del talento, la discreción, la cultura, etc., del espíritu.

–¡Yo daría por una esclava así, si se encontrase, hasta diez mil monedas de oro! – dijo el rey–. Pero el hallar una mujer tal es casi imposible.

Khacán, por toda contestación hizo llamar a todos los corredores que comerciaban

en esclavas, encargándoles una tal y como él la había pintado al soberano. No tardó en llegar uno de éstos conduciendo a una hermosísima persa, adornada de dotes como Khacán no podía ni soñar, así que este último la retuvo unos días junto a sí para prepararla a ser presentada a su majestad. Dióla una cámara junto a la de su esposa y mandó comprar para ella los más valiosos trajes y joyas.

Pero Khacán tenía un gallardo hijo llamado Nureddin, el cual, así que vió a la esclava quedó perdido de amor por ella, viendo con alegría que, a hurto del padre, ésta mostraba señales de que correspondía a su pasión. Un día, con gran escándalo de la casa, hasta se atrevió Nureddin a entrar en el baño de la bella, y el padre de aquél montó en cólera viendo así comprometido su prestigio para con el rey, a quien esta última iba a ser destinada. Su mujer le calmó invitándole a que buscara cualquier pretexto cerca del soberano y se la dejase a su hijo, bajo juramento de que no la tomaría por esclava sino por su legítima mujer, como se hizo: De allí a poco murió Khacán, y el joven Nureddin, falto de experiencia, se entregó a la disolución y las francachelas con gentes de su edad, aunque no sin que se lo afease su bella persa con razones que delataban su grandísimo talento.

Al fin sucedió lo que era de esperar. El joven Nureddin acabó por arruinarse en términos tales que su dignidad comprometida, después de malbaratar todos sus bienes y de verse abandonado por los amigos que él creía más fieles, tuvo que acceder a los ruegos de la bella para que la llevase al mercado de esclavas y la vendiese por una gruesa suma con que salir de sus apuros.

Por duro que le pareciese el expediente al pobre Nureddin, acabó convenciéndose de que no había otra solución posible y consumó el sacrificio de su amada, poniéndola en manos del corredor Hagí Hassan. De allí a poco llegó a la tienda de éste el visir Sauy, quien, prendándose de la esclava persa, quiso comprarla en miserables cuatro mil monedas de oro.

Sabedor del caso Nureddin, sintióse avergonzado y, dispuesto ya a todo, trató de impedir se consumase la venta viniendo a las manos con el propio visir. Este, viendo así luego la ocasión de vengarse del hijo de su antiguo rival Khacán, se fué en seguida al rey contándole a su manera el caso de la esclava y consiguiendo arrancar al monarca la orden de prisión contra Nureddin. Pero advertido éste a tiempo por Sangiar, antiguo capitán de su padre, pudo escapar con su amada y embarcarse ambos en el Eufrates, en un barco que estaba a punto de salir para Bagdad. El visir, exasperado, puso a precio la cabeza de los fugitivos, sin que se les encontrase.

Llegados así los amantes a la soberbia ciudad del Tigris, y no sabiendo dónde refugiarse, vagaron largamente por toda ella hasta que toparon con la entreabierta puerta de un regio jardín, al lado de cuya fuente, por no poder ya más, se tiraron a descansar. En el jardín había un palacio al estilo persa, donde el califa solía retirarse en las noches de calor. El viejo conserje del mismo se llamaba Ibraim, quien al volver y encontrarse allí durmiendo a la gentil pareja, notó que eran extranjeros y los llevó por todo el jardín, dándoles luego de cenar espléndidamente, pero sin vino, porque Ibraim, como buen musulmán, decía no beberlo, no obstante lo cual se prestó a traérsele a sus convidados, quienes después se pusieron a cantar y a tocar de un modo tan maravilloso que hubieron de atraer hasta allí, asombrado, al propio sultán, que, en unión de su visir, Giafar, y de Mesnur, el jefe de los eunucos, vigilaban la población disfrazados de aldeanos. Los tres se acercaron a la puerta del salón de donde aquella música y canto partían.

–¿Qué desorden es éste –exclamó el califa, enojadísimo contra Ibraim, ya borracho– que penetran en los pabellones de mi retiro gentes sólo venidas a él para divertirse?

Pero al mismo tiempo se quedó asombrado al notar a la hermosa persa y a su no menos distinguido acompañante, por lo que decidió penetrar sin romper su incógnito y averiguar mejor así quiénes ellos fueran.

–Soy el pescador Kerín –dijo a Ibraim el disfrazado califa– y vengo a ofrecerle estos dos hermosos peces para el convite con que obsequia a estos extranjeros. Yo mismo os los prepararé. –Y de allí a poco rato se los presentó en la mesa admirablemente aderezados.

Luego cayó como en éxtasis al oír de nuevo tocar y cantar a la hermosa. No pudo resistir por más tiempo su curiosidad, y le rogó a Nureddin que le narrase su historia, sin duda maravillosa, cosa que éste hizo muy gustoso sin omitir particular alguno por adverso que te fuese.

–¿Y ahora, dónde iréis? –le preguntó–. Si os place volver a vuestro país , yo mismo os puedo dar una carta para el propio rey en persona, porque somos él y yo amigos desde la infancia.

En esto penetró en la estancia, completamente borracho por las libaciones del banquete, el pícaro de Ibraim, dispuesto a dar una buena paliza al que él creía ser un atrevido pescador.

Cuál sería, pues, su sorpresa al verse frente a frente del sultán, quien, saliendo un momento, había vuelto dejando su disfraz y vestido con su pompa regia. El cuitado se arrojó a los pies del sultán pidiendo clemencia, que éste de buen grado le otorgó, añadiendo:

–Bella persa: Pues que ya sabéis quién soy, seguidme, y ya que mi calidad no me permite aceptar el regalo que de vuestra persona me ha hecho, con generosidad sin ejemplo, el enamorado Nureddin, yo le remitiré a Balsora para que allí sea rey, y vos su reina, conforme a vuestros méritos.

El sultán cumplió su palabra, y Nureddin y su amada pronto se vieron de vuelta en Balsora, portadores de la carta imperial cerca del entonces rey de Balsora. Pero la fatalidad intervino una vez más, y el rey, sin leer la carta, se la entregó al malvado visir Nureddin, quien, ciego de envidia, cuidó mucho de comunicar a su soberano su contenido, después de haber arrancado de ella la fórmula-clave de la parte superior que indicaba que el sultán quería ser absolutamente obedecido.

–Señor –dijo luego al rey el infame visir–, no hay duda que el sultán habrá dado esta carta a Nureddin por virtud de las quejas que él le haya formulado contra vuestra majestad y contra mí. Pero esto lo ha hecho sólo para desembarazarse de él, por cuanto no tiene la clave convenida ni ha enviado aparte un correo con ella, como es uso. Dejad, pues, en mis manos el asunto.

Luego, con celeridad grande, hizo prender y condenar a muerte a Nureddin, después de haberle hecho atormentar. La real sentencia se pregonó por toda la ciudad, que aún recordaba las virtudes y obras del padre de Nureddin. Este último se limitó a decirle a Sauy:

–Tú triunfas; pero yo confío en las palabras de nuestro libro sagrado, que dicen:

“Juzgáis injustamente, olvidando que pronto habréis de ser juzgados también y medidos con la misma medida.” –Con ello, Sauy apresuró aún más la ejecución del desdichado, que se decretó para aquel mismo día.

Ya en el patíbulo, Nureddin pidió un vaso de agua, y al ir a pasar éste de mano en mano de la multitud, hubo de notarse en ella un movimiento inusitado, debido a que, a todo galope, llegaba como emisario del sultán y portador de sus órdenes nada menos que el visir Giafar.

Entre las órdenes venía una en la que, caso de mediar resistencia, se hiciese ahorcar a Sauy. No hay que añadir el placer con que todos vieron este cambio y el cómo este gran perverso recibía al punto, del verdugo, la misma muerte que él preparase a Nureddin...

Después de tales sucesos, este último no quiso continuar en una Balsora para él de tan tristes recuerdos, y prefirió, con el beneplácito del sultán, residir tranquilo en la corte de Bagdad al servicio de su soberano y en la feliz compañía de su adorada beldad, la mujer persa que de tal modo le había salvado de la muerte y de la deshonra...

Historia de Abul-Hassán-Alí-Ben-Becar y de Schem-Sel-Nihar.

–Abul-Hassán-Alí-Ben-Becar era un joven de la más antigua familia real de Persia, en tiempos del califa Harum-al-Raschild, muy protegido por el droguero Abul-Hassán-Ben-Taher porque a su carácter nobiliario unía las mayores cualidades físicas, intelectuales y morales que cabe soñar; tanto, que se enamoró de él perdidamente la bellísima favorita del califa Schem-Sel-Nihar, en una de las frecuentes visitas que ella hacía a la tienda del droguero. No menos perdidamente se enamoró de la hermosa el noble joven.

Las entrevistas de los dos amantes se verificaban con el mayor sigilo en el palacio que para el exclusivo uso de su favorita había hecho construir el califa, y cuya magnificencia deslumbradora es ocioso el describir. Ben-Taher las protegía; pero temiendo que tarde o temprano acabarían por ser descubiertos, huyó de Bagdad a Balsora, no sin que un joyero amigo siguiese prestando la misma o mayor protección a los amantes. Éstos, cuando no podían verse, se escribían las cartas más tiernas y apasionadas del mundo, que han quedado como modelo de las de su clase, y que aquí no habremos de reproducir, bastando a nuestro propósito el consignar que los amores del joven y de la favorita fueron descubiertos por el califa. Abul-Hassán-Ben-Becar apenas si tuvo tiempo de escapar de noche, a uña de caballo, en dirección a Balsora, no sin que en el camino. le sorprendiera una cuadrilla de malhechores que le despojaron de cuanto llevaba encima.

De allí a poco murió de amor el desventurado, en el mismo día en que moría también de igual muerte la apasionada Schem-Sel-Nihar. Asombrado y conmovido el califa ante pasión tan sublime, en lugar de encolerizarse, como cualquier hombre celoso y vulgar, mandó se alzase inmediatamente en el sitio más alto y hermoso de su corte un soberbio mausoleo, donde hizo enterrar juntos los cuerpos de los dos amantes, para perpetuo homenaje a los incoercibles fueros del amor...

Historia de la bella Zumurrud y de Alischar, hijo de la Gloria.

–El joven Alischar era hermoso, fuerte y sabio, porque era hijo de sus obras y se había educado a sí mismo en la soledad, con arreglo al precepto del Instructor que

dice: "¡Oh soledad bendita: tú enseñas al que te cultiva la fuerza que jamás se desvía y el arte supremo de no fiarse uno sino de sí mismo!"

Cierto día en el mercado de esclavas quedó prendado de las dotes que adivinó en la bella Zumurrud, comprándosela al mercader; pero ella, con dignidad de reina destronada, se dió trazas secretamente a que el joven no desembolsase dinero alguno por la compra, y, ya en su hogar entrambos jóvenes, rodeados de la felicidad mayor del mundo, ella se dedicaba a su tarea favorita, que era la de tejer unos velos maravillosos capaces de asombrar a cualquiera.

En medio de esta dicha, un cristiano, Barssum, esclavo del perverso mago Rachideddín, bajo pretexto de hospitalidad, penetró en la casa, adormeció con opio a Alischar y le raptó a su adorada Zumurrud.

El joven creyó enloquecer ante tamaña desgracia, y después de haber buscado inútilmente a su esposa por todas partes, acudió a los buenos oficios de una vieja vendedora de bujerías, quien solemnemente se comprometió a mostrarle el sitio en que aquélla estaba confinada. A la noche siguiente ya estaba concertado el rapto de ella; pero Alischar, en el momento de la espera, y sin saber cómo, se quedó profundamente dormido, dando lugar a que Djiwan el Kurdo, uno de los cuarenta bandidos de la gavilla de Ahmad Ed-Danaf, le despojase de su albornoz y de su manto, y poseedor de la contraseña convenida, le robase, a su vez, a Zumurrud, llevándosela a su lejana cueva, donde la dejó al cuidado de la madre de él, una vieja arpía que la dió el peor trato del mundo.

Pero Zumurrud era la mujer de los heroicos recursos; tanto, que, bajo pretexto de despiojar a la asquerosa vieja, logró dormirla y, aprovechando su sueño, escapar a caballo disfrazada de hombre. Tras diez días de huída, cayó en una populosa ciudad, donde sus habitantes la eligieron por rey, con arreglo a la inveterada costumbre que tenían, a la muerte de cada soberano, de elegir por tal al primero que se presentase por sus puertas. Generoso y sabio, el fingido rey cuidaba muy mucho de dar en palacio grandes banquetes mensuales, donde concurría libremente lo más florido del reino y de los países circunvecinos. En uno de ellos reconoce al cristiano Barssum mientras comía arroz con leche. Le prende y, para mejor disimular, pide la arena y el cálamo de cobre adivinatorio con el que trazar las líneas geománticas del horóscopo de aquel sospechoso, haciéndole, mediante tal ficción, confesar paladinamente su delito. Igualmente, en banquetes sucesivos, reconoce y prende a Djiwan el Kurdo y al propio Rachideddín. Por último, entre los extranjeros que llegaban con frecuencia a la corte encuentra a Alischar, con el que, asombrando a todos los que conocían la historia de entrambos, retornó feliz a Bagdad...

Historia del joven amarillo.

–Abul Hassán el Omani visita la casa del jeique Taher-Abul-Olla, después de ser curado con oro una terrible ictericia que le hacía ser conocido con el apodo de "el joven amarillo". El jeique en cuestión se dedicaba en Balsora a comerciar con el amor de jóvenes de distintos precios, y las tenía desde diez dinares hasta quince mil. El joven queda prendadísimo de Jamila, cierta hermosa persa que, por su porte, modales y sabiduría, se distinguía de todas las demás, como el planeta Venus se distingue de todas las demás estrellas. Por sólo hablar con ella una noche el joven entrega al codicioso jeique toda su fortuna, que consistía precisamente en quince mil dinares; pero Jamila, con sus artes mágicas, tras una noche de ensueño y de ideal amor, le provee de un saco de oro para que pueda pagar más y más veladas y

volver.

Así, en noches sucesivas, fue gastando hasta mil millares de dinares, que era lo que encerraba el saco, y al punto fue puesto en la calle sin piedad por el jeique, teniendo que ganarse el pan miserablemente en la ciudad. En esto se llegó a él un día cierto comerciante en joyas de Oriente, quien le dió un trozo de concha, del que nadie habría hecho caso si le hubiera visto en un basurero, pero que tenía grabados unos caracteres talismánicos de patas de hormiga que le daban, según el donante, inestimable valor. En efecto, así que le tuvo en casa fueron llegando compradores que, de oferta en oferta, alcanzaron a ofrecerle hasta treinta mil dinares, sin que el joven accediese a venderle por menos de los mil millares de dinares que había gastado con su amada, como hemos visto.

Por último, de la remota India se le presentó al cabo de un año lujosa caravana regia que venía a comprarle a cualquier precio el trozo de concha, como único instrumento capaz de restituir la salud a cierta princesa, víctima de la posesión demoníaca, y a quien sólo podía curar él talismán aquel, hecho, siglos hacía, por el sapientísimo mago Saadafah de Babilonia.

No hay que decir, en fin, que con los mil millares de dinares que por la joya le diesen el joven volvió feliz a los brazos de Jamila, de la que ya no se separó jamás...

Historia de Sarta de Perlas.

–Almotazid Bi'llah, decimosexto califa de la casa de Abbas, nieto de Al-Motawakkil, nieto de Harum-al-Raschild, se vió soberano de un imperio inmenso que llegaba desde el desierto de Scham hasta los confines del Maghreb, y desde las montañas el Khorassán y el mar occidental hasta los límites recónditos del Afghanistan y la India.

Recorriendo una noche su capital, disfrazado, en unión de su visir y del jefe de los eunucos, tropiezan con un palacio suntuosísimo, del que no tenían ni noticias, y del que salía un torrente de armonías. Acercándose más, oyeron que los dos jóvenes cantaban y tocaban dulces endechas de amor, por lo que se decidieron a penetrar, siendo acogidos con grandísimas deferencias, a pesar de que ignoraban los dueños la calidad de sus visitantes.

El califa se quedó absorto ante las magnificencias que veía allí; ante la majestuosa distinción de sus dueños vestidos con túnicas de seda de Nischabur y rodeados de un jardín que era toda una locura de exuberante vegetación. Sólo cuatro flores, empero, se veían en el centro: una rosa purpúrea con pétalos que habrían bastado para hacer el manto de un rey; un tulipán antiguo de la ya extinguida especie del Iram de las Columnas, que se regaba con sangre de dragones y que parecía decir al mortal que la contemplase: "¡Yo, con mi perfume, embriago sin que me toquen los labios!; iyo quemo, pero no me consumo!" Asimismo un jacinto purísimo, padre de todos los lirios del mundo y que podía decir al cisne del Himalaya: "¡Soy más blanco que tú!" Por último, la cuarta flor era un clavel; globo incandescente, partícula del sol poniente, cual el que el rey de los genni diese al rey Soleimán para la cabeza Balkis. Al reflejarlos en sus líquidos cristales, el agua de la fuente se estremecía de emoción.

Ya en el banquete con que los dos jóvenes obsequiaron a sus visitantes, Ibu Handún, uno de aquéllos, improvisa cierta canción bajo los efluvios del vino, y el califa, al oírla, monta en cólera advirtiéndole que las ropas del joven llevaban la marca de su

abuelo Al-Motawakki Ala'llah, pensando en algún robo hecho por éste en el palacio de sus venerandos antepasados.

El joven, entonces, cuenta su historia y cómo, en su tienda de sedas, se enamoró de una mujer de ojos babilónicos, a quien sus doncellas llamaban "Abrasa-Corazones", historia de amor que no detallaremos aquí, pues se resume en que era nada menos que "Sarta de Perlas", la tañedora del laúd, una de las favoritas del califa y que, habiéndose visto sorprendida por este último cuando tenía en su aposento al joven, le había encerrado en un cofre, y, por su maestría en la música; aquella misma noche pidió y obtuvo del califa la libertad, con más todos los muebles del aposento, en uno de los cuales estaba escondido el objeto de su amor..

Historia de la princesa Sett Donia con el príncipe Diadema, hijo de Soleimán Schah, señor de la Ciudad Verde y de las montañas de Ispahán.

-Aziz, el visir de Ispahán, regresa de una embajada haciéndose lenguas de la princesa Donia, hija del rey de las Islas del Alcanfor y del Cristal, por lo que Diadema, el hijo de su señor, Solimán Schah, se enamora locamente de ella; pero Donia no quiere casarse con nadie, y hasta ha amenazado, si la obligan, a matar a su marido y matarse antes de que llegue ni siquiera a verla la cara. Para evitarlo, el príncipe Diadema se disfraza de mercader, siendo el asombro del zoco por su belleza, hasta el punto de que muchos, al verle, decían: "¡Es un arcángel escapado del Paraíso aprovechando un descuido del llavero Raduán!" El joven abre su tienda llena de riquezas y recibe la visita de la nodriza de Donia, quien pregunta el precio de las más ricas telas, que el joven se apresura a regalarle. Ella, entonces, le habla de la hermosura y demás dotes de su ama Sett Donia con lo que se alegran hasta los hígados del supuesto mercader, desarrollándose después un pasaje idéntico al consabido de la célebre novela española La Celestina o tragicomedia de Calixto y Melibea entre los dos jóvenes y la nodriza mediadora, pasaje que no hay para qué detallar.

Renunciamos a comentar estas historietas, variantes de Camaralzamán y de los "Velos de Isis", que se ven en ellas, para no hacer interminable el asunto.

(1) Estos cuatro ejércitos verdaderamente apocalípticos realizan la teatral apoteosis de esta lindísima fábula, en la que también vemos aparecer los tres ladrones y los tres asesinos contra el héroe "de todos" los mitos iniciáticos.

(2) "Camaralzamán" es literalmente "Kamar-al-shamán", o sea "el antiguo shamano" o "primitivo caballero andante" como si dijéramos. El nombre de Badura o Matura está relacionado con varias ciudades mágicas de este nombre (De gentes del otro mundo, cap. VII) en la India y en Europa. En muchos textos se hace aquél "rey de las islas de Khalendan", es decir, de los "calendas", de los que ya se habló en capítulos anteriores, y los autores árabes le llaman también "luna del siglo", o más bien "el hombre lunar o inferior" contrapuesto a la "Dama-Solar" de la suprema dríada humana de "atmâbuddhi".

(3) El Mito de Psíquis, en "El asno de oro", de Apuleyo, dice, en esencia, así:

"En apartada región, un soberano tenía tres hijas. La menor era de una hermosura tan rara y portentosa que todos creían que era la misma diosa Venus que había encarnado en la Tierra, por lo que se vieron desiertos desde entonces los altares de Afrodita, con gran enojo de la diosa, así suplantada por una simple mortal. Temerosos todos de hermosura tan sobrehumana, nadie se atrevía a casarse con ella, por lo que sus padres consultaron al oráculo de Apolo en Delfos, quien les dijo que el marido que a Psíquis destinaran los dioses era de la clase de los inmortales, Y que él se posesionaría de la doncella allá en la cumbre de escarpado monte, donde en triste fiesta nupcial fue conducida y abandonada a su destino. Rendida Psíquis por el terror más que por el sueño, es llevada en el seno de misteriosa nube que la deposita blandamente en una pradera deliciosa, a las puertas de un palacio cristalino, el Palacio del Amor, donde se vió rodeada de cuanto puede apetecer la fantasía, y servida en el baño, en la mesa y en todas partes por seres invisibles. Llegada la noche y apagada la lámpara, se siente Psíquis aliado de su amante divino en casto lecho de flores. Pasados los amorosos transportes, éste, Heros, le previene contra toda

indiscreta curiosidad respecto de su persona, a quien dice no podrá ver hasta que nazca el fruto de sus amores, fruto que será del linaje de los dioses si Psiquis contiene hasta entonces su curiosidad indiscreta, y del linaje de los hombres mortales si comete la imprudencia de pretender ver al Amado, antes de tiempo, con los ojos de la carne. Al siguiente día siente Psiquis la nostalgia del mundo que abandonó y desea ver a sus pérfidas hermanas contra el consejo de Heros, que veía en ello el más inaudito de los peligros. En efecto, aquéllas son conducidas por el Céfiro hasta el palacio por expreso mandato de Psiquis, y ya en él intrigan envidiosas contra el feliz misterio que rodea a aquel paraíso. A vuelta de interesantes peripecias, excitan a Psiquis para que, a pesar de la terminante prohibición, trate de ver al incógnito Amado, que acaso sea un monstruo como el oráculo predijo. La malaconsejada doncella cede, al fin, a su curiosidad y, aprovechando el sueño de Heros, enciende la lámpara de sus indiscreciones. Hállase entonces con un doncel alado, hermosísimo sobre toda ponderación, y cuando en un transporte de amor va a besarle, deja caer inadvertidamente una gota de aceite, que le quema y despierta. Heros, sorprendido, pronuncia la sentencia del Destino, y como el Lohengrin de El Caballero del Cisne, se aleja para siempre, entre la inútil desesperación de la doncella. Esta vaga después errante, como Ceres y como Penélope, buscando a aquel que es señor de su ser todo y a quien no halla en parte alguna. Desciende al Averno, merced al mandato de su terrible suegra Venus, para buscar allí el tesoro de la belleza perdida que Plutón la entrega en misteriosa cajita, después de haber corrido la cuitada cuantos peligros relatan las demás leyendas y mitos. La curiosidad de abrir la caja fatal vuelve a vencerla, los males se escapan, como a Pandora, por la Tierra, quedando sólo dentro el último, “La Esperanza”; y tras inauditos sufrimientos y peligros, vencidos unos tras otros por el sobrehumano heroísmo de Psiquis, ésta remonta hasta el cielo, donde el padre de los dioses, Júpiter (Zeus-Pithar), la hace justicia, y después de triunfar sobre la oposición de Venus, decreta las bodas de Psiquis y Heros, ascendiendo aquélla a la categoría de los inmortales. El Olimpo entero celebró la fiesta, y de aquella sublime unión nació Voluspa, diosa de la Voluptuosidad, según unos, y del más puro y celeste Amor, según los otros.”

Puntualizar las conexiones de este gigantesco mito, desde el Génesis hasta el Edda, y los libros védicos y herméticos, es poco menos que imposible. Toda leyenda por la que el género humano cae en el dolor, la miseria y la muerte, desde estados felicísimos, hace relación con la fábula de Apuleyo.

Larga y difícil tarea sería la de detallar más y más concordancias entre esta leyenda y los demás mitos arcaicos de los diferentes países. La persistencia con que, a vueltas de mil variantes, se vienen a repetir los mismos motivos maravillosos, hace pensar, como dice Bonilla, en algo que aquéllas han querido solapar, algo extrañamente profundo y que quizás pueda resumirse en estos epígrafes:

1.º Un estado primitivo de inocencia, pobreza, pequeñez, orfandad o abandono. El más propio de todas las razas humanas cuando empiezan su terrestre carrera evolutiva y también de todos los humanos paladines del ideal, al emprender, aparentemente solos, pero en realidad protegidos por Guías celestes o Ángeles custodios de todas las religiones, la senda de la virtud, de la ciencia y del misterio. Este estado primitivo es la edad de oro, el paraíso original de todas las religiones.

2.º Un segundo estado pasional, de peligro, de sufrimiento y de lucha, en la que el paladín ha de dar cima a los más disparatados imposibles de las fábulas caballerescas y mitopeicas. La lucha con el misterio, que entraña toda ciencia; la lucha con el vicio, que supone el desarrollo de toda virtud; la lucha, en fin, con nosotros mismos, con nuestro ego animal, que nos ahoga y aprisiona. Hombres y pueblos sostienen eternamente esta lucha, que es acaso la propia razón de nuestra vida misma sobre el planeta.

3.º Un estado final, extraordinario, felicísimo, corona excelsa de todo triunfador, que en la terrestre literatura se simboliza siempre por una boda dichosa, largamente ansiada, entre el paladín y su Egeria, o sea entre el hombre pensador, tras el triunfo sobre todas sus imperfecciones animales, y el pneuma impersonal, augeoides, nous o espíritu divino del hombre, quien le cobijase o protegiese de un modo prodigioso a lo largo de la senda de espinas, relatada de un modo u otro por la leyenda.

Todos los demás detalles de curiosidad que lanza al hombre a lo largo de la senda de peligros, de triunfos parciales y de caídas, de trabajos hercúleos, etcétera, etc., son el más hermoso de los marcos que representa en sí el tejido inextricable de placeres y dolores, valor y cobardía, luz y sombras, que compone nuestra vida.

Psiquis es la representación del alma humana, sedienta siempre de un ideal que jamás llega a alcanzar. Como Prometeo, quiere robar el fuego celeste en alas del amor; como los Titanes, quiere escalar el cielo mismo, y como Tántalo, tiene hambre y sed inextinguibles; pero, ¡ay!, que, como Sísifo, lleva sobre sus hombros el pesado peñasco de su carne mortal que otras tantas veces le hace rodar de la altura que escalase su espíritu.

Quien desee más detalles y correlaciones puede consultar el capítulo de “Lohengrin” de Wagner mitólogo y ocultista, o bien la preciosa obra del Dr. Bonilla San Martín: “El mito de Psiquis: Un cuento de niños, una leyenda simbólica y un tratado de filosofía”. Por supuesto, que hermosa y todo la leyenda de Apuleyo, puederibir una interpretación sexual o de Magia negra (que es la que viene recibiendo desde entonces en la enorme literatura desarrollada sobre el dicho mito), a menos que se le asigne la que damos nosotros a todos los mitos amorosos de su índole, y que es la que se ve también a través del Códice de la Abadía de San Hermancio en Iliría, uno de tantos apoyados en “El asno de oro” dicho.